

EL LIBRO DE LECTURA DEL
BICENTENARIO

*****PRIMARIA 2*****

EI LIBRO DE LECTURA DEL BICENTENARIO

★ PRIMARIA 2
.....



NACIÓN 1810 PARTICIPACIÓN
COLABORACIÓN COMPROMISO
REVOLUCIÓN COMPARTIR
CULTURA OÍD MORTALES
LIBERTAD
ILUSIÓN RESPETO DERECHOS HUMANOS
ESCUELA PÚBLICA SUJETOS LIBROS
MEMORIA SUEÑOS IGUALDAD
NOS, LOS REPRESENTANTES DEL PUEBLO
PUEBLO BICENTENARIO
DEMOCRACIA INDEPENDENCIA SALUD
PLURALIDAD TOLERANCIA
EDUCACIÓN **UNIÓN** JUSTICIA
LECTURA SOBERANÍA IDENTIDAD
NACIONAL UTOPIA
CONSTRUCCIÓN ALFABETIZACIÓN DIVERSIDAD
SOLIDARIDAD ACCIÓN CONVIVENCIA
2010 REPÚBLICA

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Dr. Aníbal Fernández

Ministro de Educación

Prof. Alberto Sileoni

Secretaría de Educación

Prof. María Inés Abrile de Vollmer

Secretario del Consejo Federal de Educación

Prof. Domingo de Cara

Jefe de Asesores de Gabinete

Lic. Jaime Perczyk

Subsecretaría de Equidad y Calidad Educativa

Lic. Mara Brawer

**Directora Nacional de Gestión Curricular y
Formación Docente**

Prof. Marisa Díaz

Directora de Educación Primaria

Prof. Silvia Storino



Directora del Plan Nacional de Lectura

Margarita Eggers Lan

EL LIBRO DE LECTURA DEL
BICENTENARIO

***** PRIMARIA 2 *****

EL LIBRO DE LECTURA DEL BICENTENARIO



Presidencia de la Nación



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



FMG

Fundación Mempo Giardinelli



Estos cuentos y poemas fueron elegidos por los escritores
María Rosa Lojo, Guillermo Martínez, Perla Suez, Angélica Gorodischer,
Pablo De Santis, Ana María Shua, Graciela Bialek y Margarita Eggers Lan con la
coordinación de Mempo Giardinelli.

PALABRAS DE LA PRESIDENTA

Hubo una generación, la nuestra, que en su infancia y adolescencia tuvo como marca distintiva, la compañía de un libro. Lo atesorábamos, lo llevábamos a la cama, lo releíamos una y otra vez si nos había gustado mucho.

Tal vez porque nada es inocente, muchos libros –y la lectura misma– se fueron perdiendo en las enormes piras incendiarias que de la palabra y de las ideas llevó adelante, implacable, la dictadura. No es casual entonces que, en nuestro país de hoy con su democracia recuperada y consolidada, estas antologías para niñas, niños y jóvenes lleguen en la forma de un libro de lectura, en el año del Bicentenario de la Revolución de Mayo. Por sus páginas desfilan grandes escritores argentinos de los últimos tiempos, que también van contando su historia.

La lectura es una herramienta de crecimiento y de autonomía, y la literatura es, acaso, el camino más bello para constituirnos en lectoras y lectores. Por eso también podemos ver a través de estas páginas, autores de libros infantiles que fueron prohibidos; y nos reencontramos con Haroldo Conti y Rodolfo Walsh, que emergen venciendo el olvido y el destierro de la memoria a la que quisieron someter a las víctimas del terrorismo de estado. Siguiendo este itinerario por las mejores expresiones de las letras nacionales, allí también aparecen –como no podía ser de otra forma– Borges y Cortázar y, con ellos, sus obras que perduran a través del tiempo.

Pensamos que la buena literatura es la que nos abre interrogantes y, al hacerlo sugiere –sin necesidad siquiera de escribirlas– muchas respuestas sobre la vida y el mundo a través de los siglos. No todas, porque tal vez las respuestas más importantes no se logran en términos individuales, sino que se construyen colectivamente.

La verdadera igualdad de oportunidades está en asegurar el acceso universal a los bienes materiales y culturales. A todos ellos por igual. Y la palabra es un bien cultural cuya riqueza debe ser distribuida con equidad, para que estas generaciones y las futuras puedan ser más libres y contribuyan en la tarea de construir un país mejor.

Esperamos que todos nuestros alumnos –que asisten al espacio más democrático entre todos aquellos que una sociedad puede dar, que es la escuela– disfruten de estas antologías, de las lecturas de escritores y escritoras que han dejado en sus letras un tramo de historia que invitamos a recorrer.

Queremos seguir poniendo en circulación las palabras y las ideas, asegurando el derecho a la lectura como una riqueza de pleno sentido, que nos consolide como la Nación que soñamos ser en este Bicentenario de la Patria y nos proyecte al nuevo siglo armados del saber y la belleza que los libros nos acercan.

Con tales armas los pueblos suelen conquistar sueños imposibles, alcanzar los logros más perdurables y descubrir que las utopías nos siguen rozando la piel.

Dra. Cristina Fernández de Kirchner
Presidenta de la Nación

PALABRAS DEL MINISTRO

A través de la colección que aquí presentamos, venimos a ofrecer un espacio de lectura a los estudiantes de nuestro país. Lo hacemos en el año en que celebramos el Bicentenario de la Patria y, al hacerlo en estas circunstancias, nos comprometemos en un reconocimiento muy especial. Este reconocimiento busca develar una verdad que muchas veces se omite: la Argentina de hoy ha sido construida en el tiempo, por próceres y por multitudes anónimas; pero esa Patria entrañable, que reconocemos como nuestro hogar común, sería un escenario gris y sin alma si no la hubieran escrito sus grandes cuentistas, ensayistas y poetas.

El Ministerio de Educación cumple, con esta y otras acciones, la obligación que le fija la Ley N° 26.206 de Educación Nacional –sancionada en el año 2007–, que es la de fortalecer la centralidad de la lectura como condición indispensable para la formación, a lo largo de toda la vida, de ciudadanos pensantes y comprometidos para una nueva sociedad. Esa norma también especifica acerca de dotaciones para bibliotecas y la implementación de planes y programas permanentes de promoción del libro y la lectura, acciones todas que venimos llevando adelante, sin pausa, a lo largo de todo el país.

Esta colección “El libro de lectura del Bicentenario” viene a dar cuenta de este trabajo. Está pensada para la conformación de una biblioteca personal de estudiantes de escuelas secundarias y como dotación de bibliotecas de aulas, para los niveles inicial y primario de todas las modalidades de enseñanza de gestión oficial de nuestro país. Es nuestra forma de celebrar la Patria: poner en manos de los jóvenes argentinos los textos literarios de nuestros autores, nuestras voces; palabras que vienen de los distintos puntos de nuestra Nación para los diversos estilos culturales de nuevas lectoras y nuevos lectores. Queremos para ellos una fiesta con libros, textos, relatos, literatura, arte... una celebración de la palabra.

Bienvenidos a disfrutar, emocionarse, criticar, reflexionar. Bienvenidos a la lectura.

Ojalá esta fiesta siga su curso, libro tras libro, porque sabemos que una buena lectura siempre lleva a otra y otra más. Y si eso sucede, entonces todos los esfuerzos puestos en cooperación para que este maravilloso encuentro se produzca entre textos y lectores, darán por resultado una cadena de argentinos construyendo y consolidándonos en un pueblo lector no solo de buena literatura, sino de nuevas realidades, nuevas oportunidades... hacedores de los mejores años por venir en nuestra querida Patria.

Prof. Alberto Sileoni

Ministro de Educación de la Nación

PLAN NACIONAL DE LECTURA

•Directora del Plan Nacional de Lectura

Margarita Eggers Lan

•Coordinadoras

Graciela Bialet

Silvia Contín

Natalia Porta

Ángela Pradelli

Mercedes Pérez Sabbi

Alicia Diéguez

Jéssica Presman

•Coordinación editorial

Paula Salvatierra

•Diseño gráfico

Juan Salvador de Tullio

Mariana Monteserin

Elizabeth Sánchez

Natalia Volpe

Ramiro Reyes

•Corrección

Silvia Pazos

•Ilustraciones

Viviana Brass

Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2010

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127 • planlectura@me.gov.ar

www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2010

PRÓLOGO

Por medio de la Campaña Nacional de Lectura primero y ahora del Plan Nacional de Lectura, el Ministerio de Educación de la Nación encargó a nuestra Fundación la preparación de diversas colecciones de libros de lecturas para niños y adolescentes. Así, en 2004 se publicaron cinco libros con el título LEER X LEER. Posteriormente, en 2005, nos encargaron otras siete antologías de textos breves, que se publicaron con el título LEER LA ARGENTINA. Contenían centenares de textos destinados a millones de niñas, niños y jóvenes en edad escolar.

Continuando esa política, que habla de un Estado que intenta recuperar para los estudiantes de todo el país y de todas las edades, algunas de las más ricas tradiciones argentinas (el relato breve; la lectura íntima y serena; el reconocimiento de espacios propios y una visión de la riquísima diversidad de nuestra nación), a fines de 2009 y a partir de una idea que tuvimos con Guillermo Martínez, la encomienda fue realizar estas antologías de la mejor literatura argentina, con motivo del Bicentenario de la Revolución de Mayo de 1810.

El arduo trabajo de selección, análisis, debate y decisión acerca de los contenidos de estos libros fue realizado —entre enero y junio de este año— por un grupo de escritores y escritoras convocado especialmente desde la Fundación que presido, y a quienes tuve el inmenso honor de coordinar. Entre todos realizamos esta tarea ad honórem, como un aporte a la educación argentina, y cabe por ello el más justo reconocimiento a Graciela Bialek, Pablo De Santis, Angélica Gorodischer, María Rosa Lojo, Guillermo Martínez, Ana María Shua y Perla Suez, y muy especialmente a Margarita Eggers Lan, Directora del Plan Nacional de Lectura del Ministerio de Educación, por su estrecha y atentísima participación.

El resultado son estas lecturas destinadas a los tres niveles escolares, distribuidas en cinco libros: INICIAL; PRIMARIA 1; PRIMARIA 2; SECUNDARIA 1 y SECUNDARIA 2.

De entre centenares de autores y textos de nuestra vasta literatura, de todas las provincias y regiones, escogimos estas lecturas que —estamos convencidos— abrirán nuevas posibilidades críticas a los lectores, estimularán su imaginación y les brindarán la libertad que da la lectura como espacio único de inclusión, expansión y placer. Por eso mismo, como no queremos agobiar al estudiante/lector, ni tampoco descargar toda la responsabilidad únicamente en las y los docentes, hemos incluido brevísimas notas orientativas al pie de cada texto. Desde luego que en estos

libros no está ni toda, ni la mejor parte de la vasta literatura argentina. Y es obvio que nuestra elección se vio forzada a soslayar considerables escritoras y escritores, y textos preciosos. En gran medida, ello se debió a limitaciones de espacio impuestas por el hecho de que quisimos incluir la literatura de todos los confines de nuestra geografía. Por eso, si los textos seleccionados son solo una parte de lo mucho y muy bueno que se escribe en nuestro país, al menos se trata de una parte bien representativa de estéticas, estilos, generaciones y formas. Nosotros pensamos que leyendo estos libros, los niños y jóvenes en edad escolar—desde los 3 y hasta los 18 años, o más—conocerán, disfrutarán y sentirán que son parte de una rica tradición cultural.

No hay otro camino hacia el conocimiento que la lectura. No hay desarrollo de un pueblo lector, si ese pueblo no lee. Y esa es la preocupación que guió nuestro trabajo: procurar que estos textos sirvan—desde lo mejor de la literatura de nuestro país, y en particular de los últimos decenios, la mayoría de cuyos autores y autoras están vivos y escribiendo— para construir un buen lector, el tipo de lector competente que la Argentina necesita. Buscamos estimular—en los jóvenes lectores a quienes se dirigen estos libros— esa condición renovadora y casi subversiva que deviene de leer buena literatura, como vía pareja del conocimiento y la imaginación.

Sabemos que este es un concepto de lectura no tradicional y que incluso puede ir a contramano de algunas modas pedagógicas. Sin embargo, no hemos organizado estos libros buscando confrontación alguna, sino más bien pensando en el desarrollo de una nueva Pedagogía de la Lectura entendida como la formación maciza y sostenida de lectores competentes, o sea personas libres, entusiastas, capaces de discutir internamente con los textos y de abrir nuevos caminos al pensamiento y a las ideas en su propio espíritu y en silencio. Es así como se forma el carácter que luego brinda a la sociedad nuevas y mejores personas y propuestas.

Si la lectura de textos de calidad es—como pensamos— una saludable práctica de reflexión, ponderación, equilibrio, mesura, sentido común y desarrollo de la sensatez; si también es un ejercicio mental excepcional y un entrenamiento de la inteligencia y los sentidos; y si todo ello constituye un acto placentero, vital y enriquecedor, entonces podemos esperar que las lectoras y los lectores que se sumerjan en estas páginas encontrarán todo eso. Así se contribuye—pensamos— a construir mejores personas y mejores ciudadanos de la Democracia.

Mempo Gardinelli

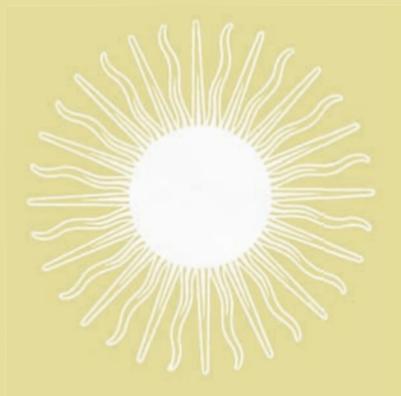
Resistencia, Chaco, julio de 2010



AMIGOS
POR EL VIENTO

The title is rendered in a bold, yellow-green, sans-serif font. The word 'AMIGOS' is on the top line, and 'POR EL VIENTO' is on the bottom line. The letter 'M' in 'AMIGOS' is filled with a pattern of vertical lines and small white dots. The letter 'S' in 'AMIGOS' has a black and white striped border. The letter 'T' in 'VIENTO' has a black and white striped border. The word 'POR' is smaller and positioned between 'AMIGOS' and 'EL'. The text is decorated with several black stars of varying sizes and two white flowers with black outlines. The background is a solid light beige color.

★ LILIANA BODOC



LILIANA BODOC

Nació en 1958 en la ciudad de Santa Fe. Recibió, entre otros, el premio Fundación El Libro a la mejor obra de literatura juvenil del año 2000; distinción White Ravens 2002, otorgada por el IBBY Internacional; Diploma al Mérito Fundación Konex, 2004.

Entre sus obras figuran: *Sucedió en colores*, *La mejor luna*, *Memorias impuras*, *El mapa imposible*.

A veces, la vida se comporta como el viento: desordena y arrasa. Algo susurra, pero no se le entiende. A su paso todo peligra; hasta aquello que tiene raíces. Los edificios, por ejemplo. O las costumbres cotidianas.

Cuando la vida se comporta de ese modo, se nos ensucian los ojos con los que vemos. Es decir, los verdaderos ojos. A nuestro lado, pasan papeles escritos con una letra que creemos reconocer. El cielo se mueve más rápido que las horas. Y lo peor es que nadie sabe si, alguna vez, regresará la calma.

Así ocurrió el día que papá se fue de casa. La vida se nos transformó en viento casi sin dar aviso. Recuerdo la puerta que se cerró detrás de su sombra y sus valijas. También puedo recordar la ropa reseca sacudiéndose al sol mientras mamá cerraba las ventanas para que, adentro y adentro, algo quedara en su sitio.

—Le dije a Ricardo que viniera con su hijo.
¿Qué te parece?

—Me parece bien —mentí.

Mamá dejó de pulir la bandeja, y me miró:

–No me lo estás diciendo muy convencida...

–Yo no tengo que estar convencida.

–¿Y eso qué significa? –preguntó la mujer que más preguntas me hizo a lo largo de mi vida.

Me vi obligada a levantar los ojos del libro:

–Significa que es tu cumpleaños, y no el mío –respondí.

La gata salió de su canasto, y fue a enredarse entre las piernas de mamá.

Que mamá tuviera novio era casi insoportable. Pero que ese novio tuviera un hijo era una verdadera amenaza. Otra vez, un peligro rondaba mi vida. Otra vez había viento en el horizonte.

–Se van a entender bien –dijo mamá–. Juanjo tiene tu edad.

La gata, único ser que entendía mi desolación, saltó sobre mis rodillas. Gracias, gatita buena.

Habían pasado varios años desde aquel viento que se llevó a papá. En casa ya estaban reparados los daños. Los huecos de la biblioteca fueron ocupados con nuevos libros. Y hacía mucho que yo no encontraba gotas

de llanto escondidas en los jarrones, disimuladas como estalactitas en el congelador. Disfrazadas de pedacitos de cristal. "Se me acaba de romper una copa", inventaba mamá que, con tal de ocultarme su tristeza, era capaz de esas y otras asombrosas hechicerías.

Ya no había huellas de viento ni de llantos. Y justo cuando empezábamos a reírnos con ganas y a pasear juntas en bicicleta, aparecía un tal Ricardo y todo volvía a peligrar.

Mamá sacó las cocadas del horno. Antes del viento, ella las hacía cada domingo. Después pareció tomarle rencor a la receta, porque se molestaba con la sola mención del asunto. Ahora, el tal Ricardo y su Juanjo habían conseguido que volviera a hacerlas. Algo que yo no pude conseguir.

—Me voy a arreglar un poco —dijo mamá, mirándose las manos—. Lo único que falta es que lleguen y me encuentren hecha un desastre.

—¿Qué te vas a poner? —le pregunté, en un supremo esfuerzo de amor.

—El vestido azul.

Mamá salió de la cocina, la gata regresó a su canasto. Y yo me quedé sola para imaginar lo que me esperaba.

Seguramente, ese horrible Juanjo iba a

devorar las cocadas. Y los pedacitos de merengue se quedarían pegados en los costados de su boca. También era seguro que iba a dejar sucio el jabón cuando se lavara las manos. Iba a hablar de su perro con el único propósito de desmerecer a mi gata.

Pude verlo transitando por mi casa con los cordones de las zapatillas desatados, tratando de anticipar la manera de quedarse con mi dormitorio. Pero, más que ninguna otra cosa, me aterró la certeza de que sería uno de esos chicos que, en vez de hablar, hacen ruidos: frenadas de autos, golpes en el estómago, sirenas de bomberos, ametralladoras y explosiones.

—¡Mamá! —grité, pegada a la puerta del baño.

—¿Qué pasa? —me respondió desde la ducha.

—¿Cómo se llaman esas palabras que parecen ruidos?

El agua caía apenas tibia, mamá intentaba comprender mi pregunta, la gata dormía y yo esperaba.

—¿Palabras que parecen ruidos? —repetió.

—Sí —y aclaré—: Pum, Plaf, Ugg...

¡Ring!



—Por favor —dijo mamá—, están llamando.

No tuve más remedio que abrir la puerta.

—¡Hola! —dijeron las rosas que traía Ricardo.

—¡Hola! —dijo Ricardo, asomado detrás de las rosas.

Yo miré a su hijo sin piedad. Como lo había imaginado, traía puesta un remera ridícula y un pantalón que le quedaba corto.

Enseguida, apareció mamá. Estaba tan linda como si no se hubiese arreglado. Así le pasaba a ella. Y el azul le quedaba muy bien a sus cejas espesas.

—Podrían ir a escuchar música a tu habitación —sugirió la mujer que cumplía años, desesperada por la falta de aire.

Y es que yo me lo había tragado todo para matar por asfixia a los invitados.

Cumplí sin quejarme. El horrible chico me siguió en silencio. Me senté en una cama. Él se sentó en la otra. Sin duda, ya estaría decidiendo que el dormitorio pronto sería de su propiedad. Y que yo dormiría en el canasto, junto a la gata.

No puse música porque no tenía nada que festejar. Aquel era un día triste para mí. No me pareció justo, y decidí que también él

debía sufrir. Entonces, busqué una espina y la puse entre signos de preguntas:

–¿Cuánto hace que se murió tu mamá?

Juanjo abrió grandes los ojos para disimular algo.

–Cuatro años –contestó.

Pero mi rabia no se conformó con eso:

–¿Y cómo fue? –volví a preguntar.

Esta vez, entrecerró los ojos.

Yo esperaba oír cualquier respuesta, menos la que llegó desde su voz cortada.

–Fue..., fue como un viento –dijo.

Agaché la cabeza, y dejé salir el aire que tenía guardado. Juanjo estaba hablando del viento, ¿sería el mismo que pasó por mi vida?

–¿Es un viento que llega de repente y se mete en todos lados? –pregunté.

–Sí, es ese.

–¿Y también susurra...?

–Mi viento susurraba –dijo Juanjo–. Pero no entendí lo que decía.

–Yo tampoco entendí.

Los dos vientos se mezclaron en mi cabeza.

Pasó un silencio.

–Un viento tan fuerte que movió los edificios –dijo él–. Y eso que los edificios tienen raíces...

Pasó una respiración.

–A mí se me ensuciaron los ojos –dije.

Pasaron dos.

–A mí también.

–¿Tu papá cerró las ventanas? –pregunté.

–Sí.

–Mi mamá también.

–¿Por qué lo habrán hecho? –Juanjo parecía asustado.

–Debe haber sido para que algo quedara en su sitio.

A veces, la vida se comporta como el viento: desordena y arrasa. Algo susurra, pero no se le entiende. A su paso todo peligrá; hasta aquello que tiene raíces. Los edificios, por ejemplo. O las costumbres cotidianas.

–Si querés vamos a comer cocadas –le dije.

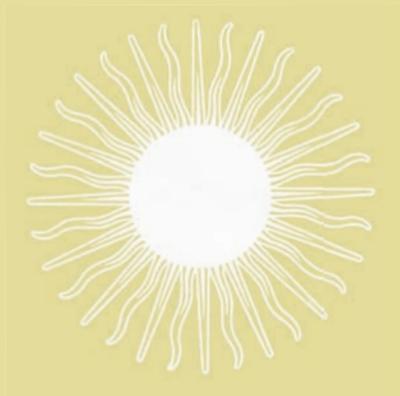
Porque Juanjo y yo teníamos un viento en común. Y quizás ya era tiempo de abrir las ventanas.



el que ve,
el huele

The title is rendered in a bold, yellow-green, sans-serif font. The word 'el' is on the top line, 'que ve,' is on the bottom line. The letter 'v' is stylized with a pattern of small circles. The letter 'h' is stylized with a pattern of small dots. The letter 'u' is stylized with a pattern of small circles. The letter 'e' is stylized with a pattern of small circles. The letter 'l' is stylized with a pattern of small circles. The word 'que' is on the bottom line, and 'huele' is on the top line. The title is surrounded by decorative elements: small black stars and white flowers with black outlines.

★ LUIS MARÍA PESSETTI



LUIS MARÍA PES CETTI

Nació el 15 de enero de 1958 en San Jorge, Provincia de Santa Fe. Escritor para niñas y niños, docentes y adultos, es también cantautor, de humor ligeramente ácido y provocador, y se desempeña en radio, tv y teatro. Entre sus libros: *Mamá, ¿por qué nadie es como nosotros?*; *Té amo, lectura*; *El pulpo está crudo*; *¡Buenísimo, Natacha!*

Natacha caminaba de la mano de su papá, que la llevaba a la escuela.

–Pa, ¿vos te pusiste a pensar de dónde vienen los pensamientos?

–(Uy) ... Ahá.

–No, “ahá” no, papá, me tenés que decir “sí” o “no”.

–¿Es por algo que prepararás para la Feria?

–Vos decime “sí”.

–(Paciencia, mira hacia arriba)... Sí.

–¿Y qué te parece?

–¡ ... ! ¿”Qué me parece” qué?

–Uf, que qué opinás.

–¡Nati, terminá lo que estabas diciendo!

–¡Papá, ¿no ves que ya terminé!? Si vos también lo pensaste.

–¿Qué cosa pensé?

–¡De dónde vienen los pensamientos! ¿¡O qué va a ser?! ¿Ves que hay días -mamá tiene razón- en que no querés hablar con nadie?

–... (uno, dos, tres...).

A Natacha le daba vueltas ese tema desde una tarde en la que hablaban con Pati, Jorge y Nicolás.

—A mí me gustan más los gatos, que son más inteligentes que los perros que son unos tarados (Jorge).

—Pero, ¿qué decís, tonto?! (Natacha miró a Pati, buscando apoyo).

—Los perros ni tienen coeficiente intelectual, pero los gatos son como los delfines (Jorge).

—¿En las aletas o en los bigotes? (Pati, en tono de burla).

—En la inteligencia, nena, porque son los animales más inteligentes del planeta! (Nicolás).

—¡Ustedes son los animales más inteligentes del planeta, nene! Dejalos, Pati, ¿para que discutís si no saben nada? (Nati).

Las dos amigas se cruzaron de brazos, se dieron vuelta y empezaron a caminar despacio, pero sus compañeros las siguieron.

—Nosotros escogimos un documental que enseñaba que los gatos son veinte veces más rápidos que los perros! (gritó Jorge).

—Y para la Feria de Ciencias vamos a hacer un trabajo sobre eso! (Nicolás).

-¿iY van a mostrar a un gato durmiendo todo el día como un tarado?! (Pati).

-¡Pero ¿qué decís, nena?! ¡Si los perros ven en blanco y negro! (Jorge, tapándoles el paso).

-¡¡¡PARÁ DE DECIR PAVADAS!!!
(Natacha).

-Sí, pero sueñan en colores (la defendió Pati, también de brazos cruzados).

-¿iCómo van a soñar en colores si ven en blanco y negro?! (Nicolás).

-¿Vos nunca soñaste que volabas?
(Natacha).

-¿... y? (Nicolás).

-¿Y cómo vas a soñar que volás si caminás con los pies? ¡Es lo mismo, nene! Los perros verán en blanco y negro, pero sueñan en colores. (Natacha).

-¡Eso no es cierto porque no se puede averiguar! (Jorge).

-¡Algo puede ser cierto aunque no se pueda averiguar! (Natacha).

Esa tarde, cuando Natacha regresó a su casa, encontró a Raffles dormido. Apoyó su mochila con cuidado, lo observó sin despertarlo. Se acordó de unas películas en

blanco y negro que su abuela veía por televisión.

Al otro día fue cuando su papá la llevó a la escuela, y ella le preguntó de dónde venían los pensamientos.

—¿Por qué me preguntás eso, Nati?

—Porque nosotros pensamos en colores, ¿no?; pero Rafles, como esas películas que mira la abuela, ¡más aburridas! (se le humedecieron los ojos).

—¿Cómo?

—(Snif snif) Que Jorge y Rubén dicen que los perros no ven colores y yo quiero que Rafles vea bien y no se aburra.

—Amor, él no siente que le falte nada.

—¡Pero yo sí sé! ¡Y si no lo ayudo, soy una egoísta!

—... (socorro).

—... (snif snif).

—¿Y sabés que Rafles huele cosas que nosotros no conocemos?

—¿Cómo? (snif).

—Que los perros tienen muy desarrollado el sentido del olfato y huelen mejor que nosotros.

—¡Ah, claro! ¡Porque tienen la nariz como un tubo!

—¿No viste cuando Rafles va a la puerta sin que oigamos nada y al ratito llega mami o vos o yo?

—¡Es cierto, papi! ¡Es un vivo, él oye y se adelanta!

—Entonces, ¿quién parece más divertido, Rafles o nosotros?

—(Piensa)... está medio parejo, ¿no?

—Algo así.

—¡Es más vivo Rafles, papi! ¡Yo teniéndole lástima y él que se huele todo y oye a kilómetros!

—No tanto.

—Bueno, sí, pero ¡es más vivo!

Siguieron de la mano, hasta llegar a la escuela.

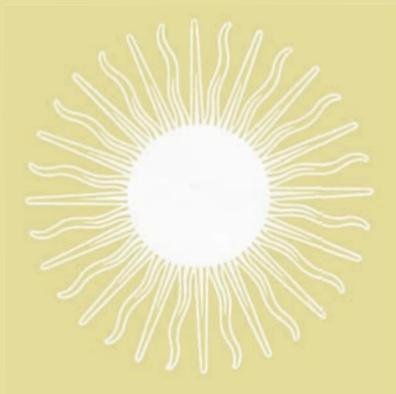
© 2002, Luis María Pescetti
www.luispescetti.com

© 2008, Alfaguara.



YO
QUIERO
UN CABALLO
NEGRO

★ ATAHUALPA YUPANQUI



ATAHUALPA YUPANQUI

Nació el 31 de enero de 1908 en Pergamino, Provincia. de Buenos Aires. Su nombre era Héctor Roberto Chavero. A los seis años empezó a estudiar violín y luego guitarra. A los trece, comienza a firmar en el periódico escolar con el nombre de Atahualpa, en homenaje al último soberano Inca. Años después, le agrega el Yupanqui; Ata significa: “venir”; Hu: “de lejos”; Allpa: “tierra”; Yupanqui: “decir, contar”. Sería: “El que vino de lejanas tierras a decir, a contar”.

El más grande creador popular de la Argentina conoció trabajos de todo tipo y fue perseguido por sus ideas; su canto describe el paisaje y los dolores de sus hermanos.

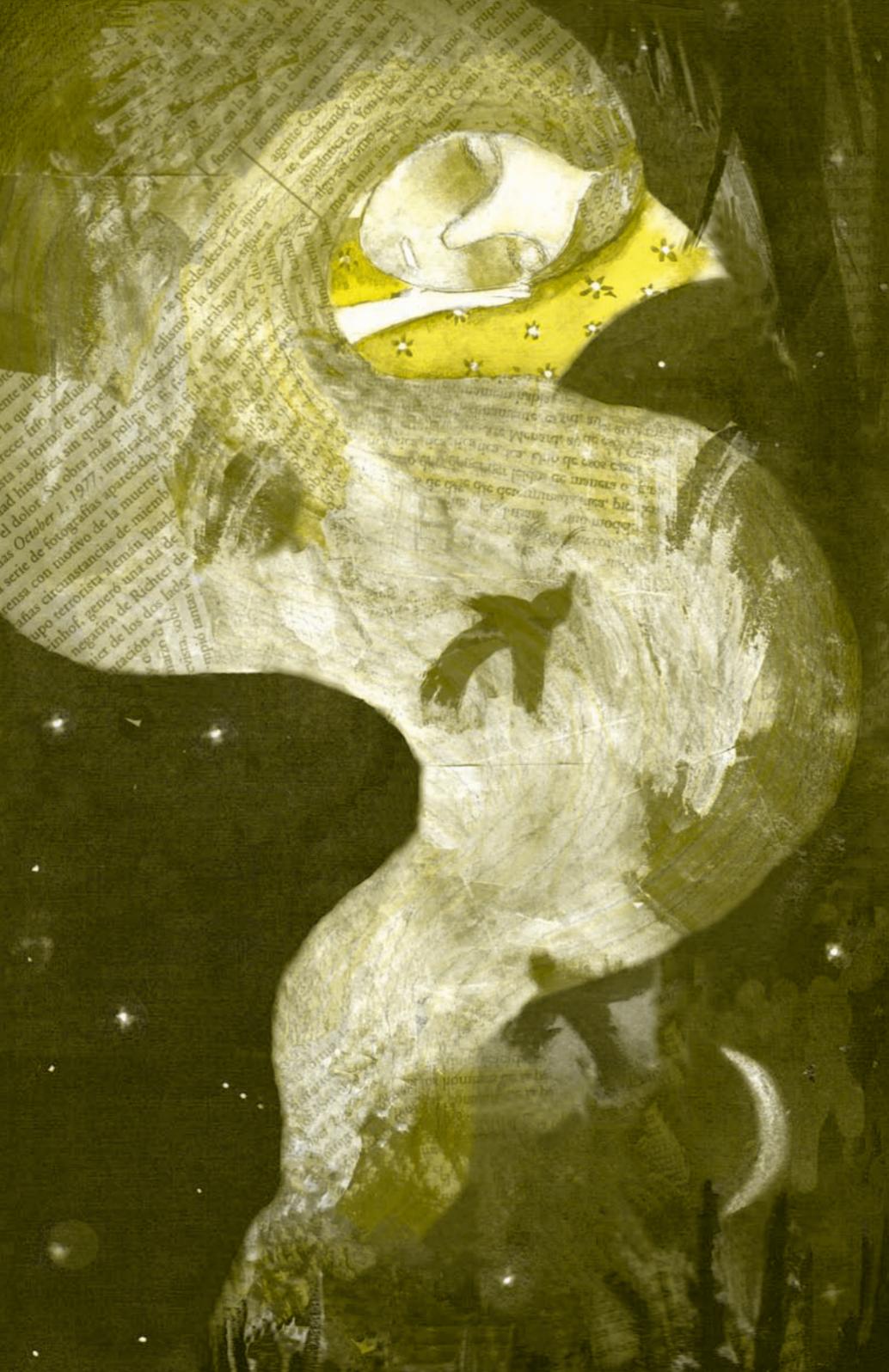
Murió en Nimes, Francia, el 23 de mayo de 1992; sus restos descansan en Cerro Colorado, Córdoba, debajo de un roble. Entre sus obras como escritor, figuran: *Cerro Bayo*, *Guitarra*, *El canto del viento*, *El payador perseguido*, *La capataza*. Dejó innumerables obras para el cancionero argentino de raíz folclórica.

Yo quiero un caballo negro,
y unas espuelas de plata.

Yo quiero un caballo negro,
y unas espuelas de plata,
para alcanzar a la vida
que se me escapa,
que se me escapa.

Yo quiero un lazo trenzado,
mezcla de toro y guanaco.

Yo quiero un lazo trenzado,
mezcla de toro y guanaco,
para enlazar esos sueños
que se fugaron,
que se fugaron.



Yo quiero un poncho que tenga
el color de los caminos,
para envolverme en la noche
de mi destino,
de mi destino.

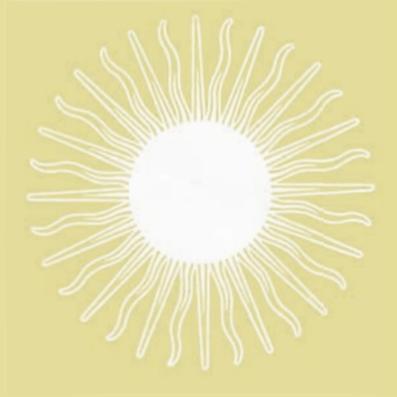
Caballo, espuelas y lazo,
pienso que no han de servir.
Ya ni el poncho me hace falta.
Voy a dormir,
voy a dormir,
voy a dormir.

© Atahualpa Yupanqui.



mil
GRU-
LLas

The text 'mil GRU- LLas' is presented in a playful, hand-drawn style. 'mil' is in a yellow-green color with a black outline and a dashed line suggesting stitching. 'GRU-' is in a solid yellow-green color, with the 'U' having a black and white striped pattern. 'LLas' is also in a solid yellow-green color, with the 'L's having a black and white striped pattern. The text is decorated with several black stars of varying sizes and white flowers with yellow centers. The background is a light beige color.



ELSA BORNEMANN

Nació en Buenos Aires en 1952. Es narradora, guionista y traductora. Entre los numerosos e importantes premios que recibió por sus libros y por su trayectoria, se destacan la Faja de Honor de la SADE por *El espejo distraído*, y el Premio Nacional de Literatura Infantil. Fue la primera escritora argentina que integró, en 1976, la Lista de Honor del premio internacional Hans Christian Andersen, otorgado por International Board on Books for Young People, con sede en Suiza por *Un elefante ocupa mucho espacio*; al año siguiente fue prohibido por la dictadura militar y su autora perseguida. Otras obras: *Bilembbudín o el último mago*; *El libro de los chicos enamorados*, *Disparatarios*, *Los desma-ravilladores*. Sus obras son editadas en distintos países de América Latina y Europa; Israel, Estados Unidos y Japón.

Naomi Watanabe y Toshiro Ueda creían que el mundo era nuevo. Como todos los chicos.

Porque ellos eran nuevos en el mundo. También, como todos los chicos. Pero el mundo era ya muy viejo entonces, en el año 1945, y otra vez estaba en guerra. Naomi y Toshiro no entendían muy bien qué era lo que estaba pasando.

Desde que ambos recordaban, sus pequeñas vidas en la ciudad japonesa de Hiroshima se habían desarrollado del mismo modo: en un clima de sobresaltos, entre adultos callados y tristes, compartiendo con ellos los escasos granos de arroz que flotaban en la sopa diaria y el miedo que apretaba las reuniones familiares de cada anochecer en torno a las noticias de la radio, que hablaban de luchas y muerte por todas partes.

Sin embargo, creían que el mundo era nuevo y esperaban ansiosos cada día para descubrirlo.

¡Ah... y también se estaban descubriendo uno al otro!

Se contemplaban de reojo durante la caminata hacia la escuela, cuando suponían que sus miradas levantaban murallas y nadie más que ellos podían transitar ese imaginario senderito de ojos a ojos.

Apenas si habían intercambiado algunas frases. El afecto de los dos no buscaba las palabras. Estaban tan acostumbrados al silencio...

Pero Naomi sabía que quería a ese muchachito delgado, que más de una vez se quedaba sin almorzar por darle a ella la ración de batatas que había traído de su casa.

—No tengo hambre —le mentía Toshiro, cuando veía que la niña apenas si tenía dos o tres galletitas para pasar el mediodía—. Te dejo mi vianda —y se iba a corretear con sus compañeros hasta la hora de regreso a las aulas, para que Naomi no tuviera vergüenza de devorar la ración.

Naomi... Poblaba el corazón de Toshiro. Se le anudaba en los sueños con sus largas trenzas negras. Le hacía tener ganas de crecer de golpe para poder casarse con ella. Pero ese futuro quedaba tan lejos aún...

El futuro inmediato de aquella primavera de 1945 fue el verano, que llegó puntualmente el 21 de junio y anunció las vacaciones escolares.

Y con la misma intensidad con que otras

veces habían esperado sus soleadas mañanas, ese año los ensombreció a los dos: ni Naomi ni Toshiro deseaban que empezara. Su comienzo significaba que tendrían que dejar de verse durante un mes y medio inacabable.

A pesar de que sus casas no quedaban demasiado lejos una de la otra, sus familias no se conocían. Ni siquiera tenían entonces la posibilidad de encontrarse en alguna visita. Había que esperar pacientemente la reanudación de las clases.

Acabó junio, y Toshiro arrancó contento la hoja del almanaque...

Se fue julio, y Naomi arrancó contenta la hoja del almanaque...

Y aunque no lo supieran: ¡Por fin llegó agosto! –pensaron los dos al mismo tiempo.

Fue justamente el primero de ese mes cuando Toshiro viajó, junto a sus padres, hacia la aldea de **Miyashima**. Iban a pasar una semana. Allí vivían los abuelos, dos ceramistas que veían apilarse vasijas en todos los rincones de su local.

Ya no vendían nada. No obstante, sus manos viejas seguían modelando la arcilla con la misma dedicación de otras épocas.

–Para cuando termine la guerra... –decía el abuelo.

Miyashima: pequeña isla situada en las proximidades de la ciudad de Hiroshima.

–Todo acaba algún día... –comentaba la abuela por lo bajo. Y Toshiro sentía que la paz debía de ser algo muy hermoso, porque los ojos de su madre parecían aclararse fugazmente cada vez que se referían al fin de la guerra, tal como a él se le aclaraban los suyos cuando recordaba a Naomi.

¿Y Naomi?

El primero de agosto se despertó inquieta; acababa de soñar que caminaba sobre la nieve. Sola. Descalza. Ni casas ni árboles a su alrededor. Un desierto helado y ella atravesándolo.

Abandonó el **tatami**, se deslizó de puntillas entre sus dormidos hermanos y abrió la ventana de la habitación. ¡Qué alivio! Una cálida madrugada le rozó las mejillas. Ella le devolvió un suspiro.

El dos y el tres de agosto escribió, trabajosamente, sus primeros **haikus**:

*Lento se apaga
el verano. Enciendo
Lámpara y sonrisas.*

*Pronto florecerán
los crisantemos.
Espera, corazón.*

Tatami: estera que se coloca sobre pisos, en las casas japonesas tradicionales.

Haiku: breve poema de diecisiete sílabas, típico de la poesía japonesa.

Después, achicó en rollitos ambos papeles y los guardó dentro de una cajita de laca en la que escondía sus pequeños tesoros de la curiosidad de sus hermanos.

El cuatro y el cinco de agosto se lo pasó ayudando a su madre y a las tías ¡Era tanta la ropa para remendar!

Sin embargo, esa tarea no le disgustaba. Naomi siempre sabía hallar el modo de convertir en un juego entretenido lo que acaso resultaba aburridísimo para otras chicas. Cuando cosía, por ejemplo, imaginaba que cada doscientas veintidós puntadas podía sujetar un deseo para que se cumpliera.

La aguja iba y venía, laboriosa. Así, quedó en el pantalón de su hermano menor el ruego de que finalizara enseguida esa espantosa guerra, y en los puños de la camisa de su papá, el pedido de que Toshiro no la olvidara nunca...

Y los dos deseos se cumplieron.

Pero el mundo tenía sus propios planes...

Ocho de la mañana del seis de agosto en el cielo de Hiroshima.

Naomi se ajusta el **obi** de su **kimono** y recuerda a su amigo:

—¿Qué estará haciendo ahora?

Obi: faja que acompaña al kimono.

Kimono: vestimenta tradicional japonesa, de amplias mangas, largas hasta los pies y que se cruza por delante, sujetándose con una especie de faja llamada obi.

“Ahora”, Toshiro pesca en la isla mientras se pregunta:

—¿Qué estará haciendo Naomi?

En el mismo momento, un avión enemigo sobrevuela el cielo de Hiroshima.

En el avión, hombres blancos que pulsan botones y la bomba atómica surca por primera vez un cielo. El cielo de Hiroshima.

Un repentino resplandor ilumina extrañamente la ciudad.

En ella, una mamá amamanta a su hijo por última vez.

Dos viejos trenzan bambúes por última vez.

Una docena de chicos canturrea:
“**Donguri-Koro Koro- Donguri Ko...**” por última vez.

Cientos de mujeres repiten sus gestos habituales por última vez.

Miles de hombres piensan en mañana por última vez.

Naomi sale para hacer unos mandados.

Silenciosa explota la bomba. Hierven, de repente, las aguas del río.

Y medio millón de japoneses, medio millón de seres humanos, se desintegran esa mañana. Y

Donguri-Koro Koro: Verso de una popular canción infantil japonesa.

con ellos desaparecen edificios, árboles, calles, animales, puentes y el pasado de Hiroshima.

Ya ninguno de los sobrevivientes podrán volver a reflejarse en el mismo espejo, ni abrir nuevamente la puerta de su casa, ni retomar ningún camino querido.

Nadie será ya quien era.

Hiroshima arrasada por un hongo atómico.

Hiroshima es el sol, ese seis de agosto de 1945. Un sol estallando.

Recién en diciembre logró Toshiro averiguar dónde estaba Naomi. ¡Y que aún estaba viva, Dios!

Ella y su familia, internados en el hospital ubicado en una localidad próxima a Hiroshima, como tantos otros cientos de miles que también habían sobrevivido al horror, aunque el horror estuviera ahora instalado dentro de ellos, en su misma sangre.

Y hacia ese hospital marchó Toshiro una mañana.

El invierno se insinuaba ya en el aire y el muchacho no sabía si era frío exterior o su pensamiento lo que le hacía tiritar.

Naomi se hallaba en una cama situada junto a la ventana. De cara al techo. Ya no tenía sus trenzas. Apenas una tenue pelusita oscura.

Sobre su mesa de luz, unas cuantas grullas de papel desparramadas.

–Voy a morirme, Toshiro... –susurró, no bien su amigo se paró, en silencio, al lado de su cama–. Nunca llegaré a plegar las mil grullas que me hacen falta...

Mil grullas... o “**Semba-Tsuru**”, como se dice en japonés.

Con el corazón encogido, Toshiro contó las que se hallaban dispersas sobre la mesita. Sólo veinte. Después, las juntó cuidadosamente antes de guardarlas en un bolsillo de su chaqueta.

–Te vas a curar, Naomi –le dijo entonces, pero su amiga no lo oía ya: se había quedado dormida.

El muchachito salió del hospital, bebiéndose las lágrimas.

Ni la madre, ni el padre, ni los tíos de Toshiro (en cuya casa se encontraban temporariamente alojados) entendieron aquella noche el porqué de la misteriosa desaparición de casi todos los papeles que, hasta ese día, había habido allí.

Hojas de diario, pedazos de papel para envolver, viejos cuadernos y hasta algunos libros parecían haberse esfumado mágicamente. Pero ya era tarde para preguntar. Todos los mayores se durmieron, sorprendidos.

Semba-Tsuru (Mil grullas): Una creencia popular japonesa asegura que haciendo mil de esas aves –según enseña a realizarlo el origami (nombre del sistema de plegado de papel)– se logra alcanzar la larga vida y felicidad.

En la habitación que compartía con sus primos, Toshiro velaba entre las sombras. Esperó hasta que tuvo la certeza de que nadie más que él continuaba despierto. Entonces, se incorporó con sigilo y abrió el armario donde se solían acomodar las mantas.

Mordiéndose la punta de la lengua, extrajo la pila de papeles que había recolectado en secreto y volvió a su lecho.

La tijera la llevaba oculta entre sus ropas.

Y así, en el silencio y la oscuridad de aquellas horas, Toshiro recortó primero novecientos ochenta cuadraditos y luego los plegó, uno por uno hasta completar las mil grullas que ansiaba Naomi, tras sumarles las que ella misma había hecho. Ya amanecía, el muchacho se encontraba pasando hilos a través de las siluetas de papel. Separó en grupos de diez las frágiles grullas del milagro y las aprestó para que imitaran el vuelo, suspendidas como estaban de un leve hilo de coser, una encima de la otra.

Con los dedos paspados y el corazón temblando, Toshiro colocó las cien tiras dentro de su **furoshiki** y partió rumbo al hospital antes de que su familia se despertara. Por esa única vez, tomó sin pedir permiso la bicicleta de sus primos.

Furoshiki: tela cuadrangular que se usa para formar una bolsa, atándola por sus cuatro puntas después de colocar el contenido.

No había tiempo que perder. Imposible recorrer a pie, como el día anterior, los kilómetros que lo separaban del hospital. La vida de Naomi dependía de esas grullas.

–Prohibidas las visitas a esta hora –le dijo una enfermera, impidiéndole el acceso a la enorme sala en uno de cuyos extremos estaba la cama de su querida amiga.

Toshiro insistió:

–Sólo quiero colgar estas grullas sobre su lecho, por favor..

Ningún gesto denunció la emoción de la enfermera cuando el chico le mostró las avécitas de papel. Con la misma aparentemente impassibilidad con que momentos antes le había cerrado el paso, se hizo a un lado y le permitió que entrara:

–Pero cinco minutos, ¿eh?

Naomi dormía.

Tratando de no hacer el mínimo ruido, Toshiro puso una silla sobre la mesa de luz y luego se subió.

Tuvo que estirarse a más no poder para alcanzar el cielorraso. Pero lo alcanzó. Y en un rato estaban las mil grullas pendiendo del techo; los cien hilos entrelazados, firmemente sujetos con alfileres.

Fue al bajarse de su improvisada escalera cuando advirtió que Naomi lo estaba observando. Tenía la cabecita echada hacia un lado y una sonrisa en los ojos.

—Son hermosas, **Tosí-can**... Gracias...

—Hay un millar. Son tuyas, Naomi. Tuyas —y el muchacho abandonó la sala sin darse vuelta.

En la luminosidad del mediodía que ahora ocupaba todo el recinto, mil grullas empezaron a balancearse impulsadas por el viento que la enfermera también dejó colar, al entreabrir por unos instantes la ventana.

Los ojos de Naomi seguían sonriendo.

La niña murió al día siguiente. Un ángel a la intemperie frente a la impiedad de los adultos. ¿Cómo podían mil frágiles avecitas de papel vencer el horror instalado en su sangre?

Febrero de 1976.

Toshiro Ueda cumplió cuarenta y dos años y vive en Inglaterra. Se casó, tiene tres hijos y es gerente de sucursal de un banco establecido en Londres.

Serio y poco comunicativo como es, ninguno de sus empleados se atreve a preguntarle por qué, entre el aluvión de papeles con importantes informes y mensajes telegráficos que habitualmente se juntan sobre

Tosí-can: diminutivo de Toshiro.

su escritorio, siempre se encuentran algunas grullas de origami dispersas al azar.

Grullas seguramente hechas por él, pero en algún momento en que nadie consigue sorprenderlo.

Grullas desplegando alas en las que se descubren las cifras de las máquina de calcular.

Grullas surgidas de servilletas con impresos de los más sofisticados restaurantes...

Grullas y más grullas. Y los empleados comentan, divertidos, que el gerente debe de creer en aquella superstición japonesa.

—Algún día completará las mil...
—cuchicheaban entre risas—. ¿Se animará entonces a colgarlas sobre su escritorio?

Ninguno sospechaba, siquiera, la entrañable relación que esas grullas tienen con la perdida Hiroshima de su niñez. Con su perdido amor primero.

★ **PESCANDO** ★

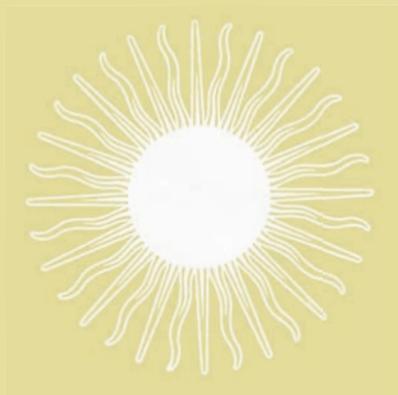


★ **PERPLEJIDAD** ★



★ **TRIÁNGULO CRIMINAL** ★

★ **RAÚL BRASCA**



RAÚL BRASCA

Nació en 1948 en Marcos Paz, provincia de Buenos Aires. Docente universitario, crítico, ensayista; autor de cuentos, se ha dedicado en los últimos años especialmente a la microficción. Entre sus obras figuran: *Las aguas madres*, *Últimos juegos*, *Todo tiempo futuro fue peor*, *Antología del cuento breve y oculto* (en colaboración con Luis Chitarroni).

Su obra microfictional fue publicada en Alemania, Brasil, Colombia, España, Italia, México, Portugal, Serbia, Suiza, Estados Unidos.

Lo veía allá abajo empequeñeciéndose por la distancia. Agitaba los brazos como una marioneta en medio de un enjambre de puntos blancos y su gorra boyaba lejos, solitaria. Después la imagen empezó a nublarse, ya casi no lo veo. Trato de hacer memoria. Estábamos en la escollera, él había intentado proteger sus sardinas de las gaviotas; recuerdo un revuelo de alas blancas alrededor de la cabeza y, confusamente, el aleteo violento que le castigó la cara cuando un picotazo certero nos separó. Y a él que se quedaba allí, hueco, debatiéndose. Y yo que me iba –que me voy– cautivo, por el aire cada vez más seco, mirándolo.

La cierva pasta con sus crías. El león se arroja sobre la cierva, que logra huir. El cazador sorprende al león y a la cierva en su carrera y prepara el fusil. Piensa: si mato al león tendré un buen trofeo, pero si mato a la cierva tendré trofeo y podré comerme su exquisita pata a la cazadora.

De golpe, algo ha sobrecogido a la cierva. Piensa: si el león no me alcanza ¿volverá y se comerá a mis hijos? Precisamente el león está pensando: ¿para qué me canso con la madre cuando, sin ningún esfuerzo, podría comerme a las crías?

Cierva, león y cazador se han detenido simultáneamente. Desconcertados, se miran. No saben que, por una coincidencia sumamente improbable, participan de un instante de perplejidad universal. Peces suspendidos a media agua, aves quietas como colgadas del cielo, todo ser animado que habita sobre la Tierra duda sin atinar a hacer un movimiento.

Es el único, brevísimo hueco que se ha producido en la historia del mundo. Con el disparo del cazador se reanuda la vida.



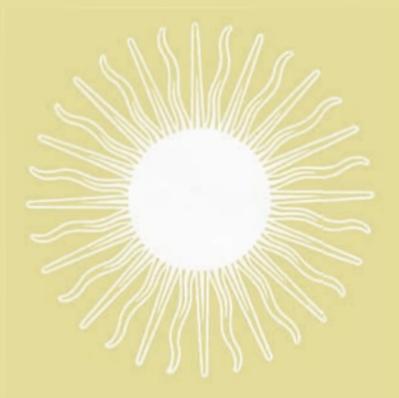
Vayamos por partes, comisario: de los tres que estábamos en el boliche, usted, yo y el "occiso", como gusta llamarlo –todos muy borrachos, para qué lo vamos a negar– yo no soy el que escapó con el cuchillo chorreando sangre. Mi puñal está limpito como puede apreciar; y además estoy aquí sin que nadie haya tenido que traerme, ya que nunca me fui. El que huyó fue el "occiso" que, por la forma como corría, de muerto tiene bien poco. Y como él está vivo, queda claro que yo no lo maté. Al revés, si me atengo al ardor que siento aquí abajo, fue él quien me mató. Ahora bien, puesto que usted me está interrogando y yo, muerto como estoy, puedo responderle, tendrá que reconocer que el "occiso" no sólo me mató a mí, también lo mató a usted.

“Pescando”, “Perplejidad” y “Triángulo criminal” en
Todo tiempo futuro fue peor, Raúl Brasca
© 2007, Editorial Sudamericana S. A.

AR-
ca-
no

The title 'ARCAÑO' is presented in a stylized, multi-line font. The 'A' is filled with a yellow and white striped pattern. The 'R' is solid yellow with a white star and four dots. The 'ca' is solid yellow with a white star and two dots. The 'no' is solid yellow with a white star and two dots. The 'O' is filled with a yellow and white striped pattern. The title is surrounded by decorative elements: a black star and a white cloud above the 'A', a white star and a white cloud to the right of the 'O', and a black star and a white cloud below the 'O'.

★ NOEMÍ ULLA



NOEMÍ ULLA

Nació en 1940 en la ciudad de Santa Fe. Recibió el premio de novela de la Dirección de Cultura de la Provincia de Santa Fe en 1967, el Premio de Ensayo de la Subsecretaría de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires en 1990. Entre sus obras figuran ensayos: *Tango, rebelión y nostalgia*; novelas: *Los que esperan el alba*, *Urdimbre*; libros de cuentos: *Ciudades*, *El cerco del deseo*.

En aquella ciudad no se podía decir la palabra amor porque todos la habían olvidado. Sólo Saturnina, que era una niña inquieta, la había visto escrita en un libro de historias curiosas y se la había oído pronunciar al abuelo mientras trabajaba. El abuelo era músico. Había sido violinista en la orquesta del teatro principal y había viajado muchas veces al extranjero. No era ni viejo ni joven, pero Saturnina lo encontraba viejo por los pocos años que ella tenía. En los últimos tiempos el abuelo había abandonado los conciertos por un trabajo de gran prestigio y honor: hacer la música de las fuentes, que eran infinitas y la dedicación que exigían, constante. Cuando Saturnina no tenía clases acompañaba al abuelo y observaba con mucho cuidado todo lo que él hacía, pero otras veces sentía aburrimiento y miraba a su alrededor distraída.

Una tarde debían ir a un barrio apartado. El abuelo tomó el coche y con los instrumentos necesarios para procurar los murmullos de la fuente, salió con la niña rumbo a aquella plaza lejana. El sol estaba alto, pero su trabajo llevaba a veces algunas

horas, y cuando Saturnina se cansaba de oír y observar cómo se conseguían los diferentes efectos de la música, corría con otros niños o contemplaba los endriagos de una de las fuentes gemelas de la plaza, que con la fuente mayor y central componían ese espacio de la ciudad, orgullo de los habitantes y placer de los que la visitaban. Cada tanto regresaba a la otra fuente gemela donde trabajaba el abuelo, con la intención de oír los nuevos murmullos que iba obteniendo del agua. No sólo a Saturnina le llamaba la atención esa tarea, también los niños que encontraba en las plazas solían preguntarle qué cosa hacía el abuelo cuando lo veían abstraído entre animales mitológicos.

—¿Cambiará el agua de la fuente?

—Sí, la cambiará para buscar la música
—respondía Saturnina.

En toda la ciudad se conocían los murmullos, las parejas se abrazaban para oírlos, pero los niños ignoraban lo complicado que era ese trabajo a medida que la perfección se apoderaba del músico. Por momentos un chorro de agua muy finito, que parecía un cri-cri como el de los cubos de paño y papel que se da a los bebés para entretenerlos y reconocer los sonidos, salía de las fauces de una gárgola. Otras veces el

chorro de agua recordaba a Saturnina las ganas de hacer pis. También aparecían cascadas que producían sonidos más fuertes e intervenían en la densidad de la plaza, modificando el ruido del agua que vertía la boca de una sirena. Luego todo era silencio y el abuelo probaba, con atención, otras composiciones del agua en su caída. Con frecuencia iba cantando los sonidos y esa vez quiso que la fuente diera con la música de la palabra amor.

—¿Qué es amor? —preguntó Saturnina, pero el abuelo estaba muy ocupado y le contestó de inmediato como hablando consigo mismo:

—La reunión del agua, precisamente lo que busco.

Saturnina se quedó mirándolo extrañada y en silencio aguzó el oído para distinguir los murmullos del agua en sus encuentros. Uno de los niños se acercó a preguntarle si no jugaría más; ella salió de su ensimismamiento y volvió a correr con los niños alrededor de la otra fuente gemela, que estaba totalmente muda.

Por la noche brillaron las estrellas. La luna, enorme disco de plata y de leche, blanqueaba las calles y las fachadas de los edificios. Saturnina no quería dormir y se levantó sin



hacer ruido a mirar por el ventanal los misterios del silencio nocturno. De pronto vio una luz en el balcón galería de una casa próxima y un grupo de personas que parecían hablar y hablar; algunos hacían ademanes, los más quietos sostenían una copa en la mano. Era una reunión de gente que con sus movimientos animaba la noche del balcón, iluminado como una extraña medalla. El llanto del bebé en el cuarto de al lado la sobresaltó; temerosa volvió a la cama llevándose por delante una silla que al caerse hizo un ruido espantoso. La madre preguntó qué pasaba y luego Saturnina se durmió, soñando con el hermanito y su llanto.

Un día viajó en tren con su mamá y el bebé a una localidad cercana donde vivían amigos de la familia. Desde que había nacido el hermanito, pensaba Saturnina, la mamá quería mostrarlo al mundo entero. En el vagón que ocupaban iban dos hombres conversando animadamente y muy pronto subieron dos más, uno con bufanda roja y otro de corbata azul, y luego otro, que llevaba un sombrero con pluma y sumaron, según las cuentas de Saturnina, cinco. Hablaban y discutían de su trabajo y por las cosas que decían, le pareció que trabajaban en un diario e iban a una reunión. Pero al amor ella seguía sin entenderlo; nadie hablaba de él.

Otro día, camino de la escuela, vio a una pareja que se besaba, y como no pudo dominar la curiosidad se cruzó de vereda para observar la escena. Él parecía quitarle la respiración abrazando a la joven, mientras decía "amore", "amore", "amore mio". Cuando Saturnina oyó esa palabra pensó que se parecía a la que le había oído pronunciar al abuelo, la misma que había visto escrita en el libro de historias curiosas, pero algo la estiraba como si una larga cola la hiciera remontarse al cielo. Comprendió por qué el abuelo había llamado así a la fuente, o tal vez, a la música. Y se sintió feliz, y ligera.

Desde entonces no preguntó más por el significado del amor, pero pidió a sus padres que le permitieran aprender el idioma italiano, ya que le decían con frecuencia que le habían puesto un nombre de ese origen. Siguió acompañando al abuelo hasta las fuentes y enseñó a los otros niños una palabra nueva, "amore", como siempre que jugaban a inventar y a decirse palabras desconocidas.

Y así pudo llevar en el secreto de una lengua distinta, un sentimiento que por pudor todos, salvo el abuelo, disimulaban sin mencionar su nombre.

© Noemí Ulla.

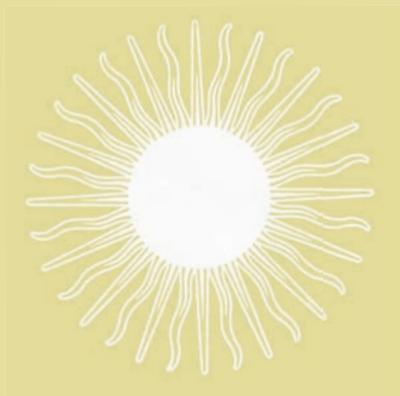
© Los derechos de autor del libro *El ramito y otros cuentos* al que pertenece el cuento "Arcano" me fueron cedidos por el editor, Roberto Alifano.



EL
CA-
ZA-
DO-
R



★ CÉSAR ALTAMIRANO



CÉSAR ALTAMIRANO

Nació en 1926 en Córdoba; pasó su infancia entre la ciudad y las sierras. Recibió distinciones, como el premio Concurso Provincial de Narrativa de Tancacha. Cultor del relato humorístico, perteneció al grupo literario La Cañada. Entre sus obras: *Desde Córdoba narran*.

Siguiendo el rastro que dejaba el muñeco en la tierra del patio, se podía llegar hasta el chico.

En la sierra, se había perdido la cuenta de los días que soplaba el norte, persistente. Abajo, cerquita, el río, a punto de desaparición, era apenas un hilo cercado por arenas voraces que amenazaban tragarse las últimas gotas.

La tierra reseca era polen asentado sobre todas las cosas.

El hombre dejó descansar el hacha para recibir el mate y luego comentó:

—El sur viene de agua.

—¡Ojalá no tarde! —fue la respuesta.

La mujer inmóvil, parecía tallada en madera, mientras esperaba. Sus ojos enrojecidos aparentaban no mirar nada. Cualquiera hubiera dicho que a ese ser lo habían vaciado. Recibió el mate al tiempo que el hombre arrasaba el sudor de su cara con el brazo.

Continuaron los golpes secos. El tala se resistía y pequeños trocitos de madera salían

disparados en cualquier dirección. Con un golpe al sesgo y otro en contra se veía el oficio. Empezó temprano, con la esperanza del fresco, pero había amanecido caliente, sin tregua.

Como haciendo caso a una señal misteriosa, cantaron todas juntas las chicharras. Atronaron el aire.

Una lagartija verdeó su forma en un costado del patio, hacia la pirca.

Entonces, la mujer vio al chico y le gritó sin estridencias:

—¡Le he dicho que no juegue en la pirca! Es peligroso.

El chico dejó de hurgar las juntas de piedra con el palito y poniéndose el Superman bajo el brazo, se fue al reparo del adobe. Ese gran muñeco de plástico descabezado era la jaula adonde iban a parar sapos de lluvia, lagartijas, pichones de torcaza.

A ratos, el hombre miraba las presas y pensaba:

—Este será cazador.

El cachalote trotó marroncito con pasos marciales.

Escondido en la sombra, el chico contemplaba absorto la aparición. Era un

pequeño cordón amarillo, naranja y negro que ondulaba despaciosamente. El cono de sol, filtrado por las cañas del alero, hizo restallar los colores.

La ramita de acacia negra tenía dos espinas en la punta. Usándola como tenedor, enrolló la víbora y la introdujo por el hueco del Superman. En ese momento, el muñeco se convirtió en una trampa mortal. El chico tapó el agujero con la mano; dentro empezó a agitarse la coral. Dos veces irguióse repentina y tiró el saetazo, mas no podía morder la lisura tibía de la palma. Al chico le gustó la cosquilla y pensó que su presa jugaba con él. Después se aquietó, ovillándose en el fondo de su encierro.

El cazador, al no sentir movimiento, empezó a correr la mano, acercando el ojo al agujero.

Espió atento.

La luz, a través del plástico, opacaba los colores del ofidio. Este se movió y el chico pudo ver la pequeña cabeza de terciopelo negro, con dos ascuas diminutas por ojos. Sacó la mano, dejando libre la salida.

Su prisionera estaba quieta, como muerta; entonces introdujo el palito hasta el fondo. La víbora cobró movimiento y empezó a enroscar la rama, subiendo. La sacó afuera

depositándola en el suelo. Al sentirse liberada, reptó suavemente tratando de escapar, pero no fue muy lejos. El tenedor de espinas aprisionó el centro de su cuerpo y levantó la cabeza para atacar esta vez a la rama. No lo hizo y volvió a enroscarse en ella. El chico aprovechó la situación para introducirla en el muñeco por segunda vez.

—¡Vengan a comer! —pudo escuchar desde un punto infinito de su abstracción.

Entonces dejó parado el Superman en la tierra y tapó el hueco con una piedra chata. Ahí quedaron, envase y contenido, mientras se dirigía presuroso a la mesa.

Bajo el alero de caña, el hombre y la mujer esperaban. Se acomodó en el banquito celeste descascarado y apuró el guiso de cordero, urgido por volver a la sombra del adobe con su tesoro.

Una araña enorme, negra y velluda, transitaba ceremoniosa por un tirante del alero. El hombre la vio.

—Va a llover nomás... Ha salido la pollito... —dijo, terminando el resto del vino.

Prendió un chala con una brasa alzada con los dedos, antes de volver al corte de leña.

La mujer echó agua a la batea de



algarrobo para lavar los enseres, cuando advirtió un apurarse sospechoso del chico hacia la sombra del adobe.

—¡Váyase a dormir!

La frase lo alcanzó justo cuando alzaba el muñeco, para evitar la acometida furiosa del perro, que salió de los churquis ladrando erizado.

—¡Quieto, León! Cuando ese perro se va al monte unos días, vuelve hecho una fiera; mejor atarlo...

El animal, inquieto, se resistía, pero le pasó la cadena al cuello. El cazador, como si ocultara algo, cruzó la arpillera de la puerta y se tendió en el catre, reteniendo contra su pecho su jaula tapada con la mano libre.

—¡Le he dicho que se duerma! —ordenó la madre, acostándose de espaldas al lado del chico.

Este se volvió y para acomodarse quitó la mano que tapaba el envase. La coral asomó la cabeza orientada por su lengua rítmica y nerviosa. Sacando medio cuerpo, exploró la espalda de la mujer, sin encontrar resquicio en el vestido de bayeta. Retrocedió y la mano del chico, en la inconsciencia del sueño, cerró nuevamente la salida.

Así durmieron.

La siesta pasó como viento del desierto.

La leña ya estaba apilada y el hombre se disponía a tomar mate, cuando le recordó a la mujer:

—Es hora que despierte al cazador.

El chico somnoliento apareció entre la arpillera y el marco, abrazando el muñeco de plástico.

El perro atado saltó toreando súbitamente, pero la cadena lo frenó en seco.

La mujer se dio cuenta del peligro que anunciaba León. Ella, paralizada por el terror, transpiraba frío, fijos los ojos en la celda de plástico.

—¡Vení! —le gritó—. ¡Sacale eso!

El chico, retrocediendo a la defensiva, aferró la mano en el cuello trunco del Superman.

Entonces sintió el picor en un dedo y asomaron minúsculas gotitas rojas. Con un violento revés, el hombre arrojó al suelo el muñeco. Este pareció vomitar de su interior al reptil que huía.

Con decisión instintiva lo aplastó, mientras empuñaba con amargura el filoso machete, dispuesto a cercenar el brazo como único remedio.

Giró suavemente el cuerpo de la víbora con
la desflecada alpargata, viendo la panza
blancuzca que aún latía.

—¡Falsa había sido! —dijo y escupió el chala.

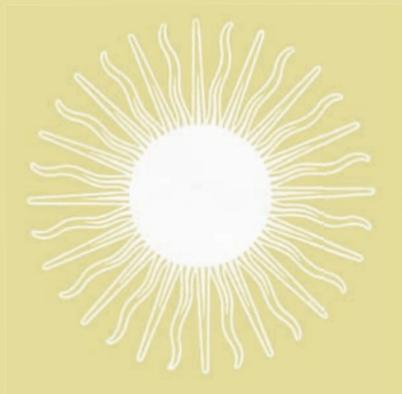
© César Altamirano.



NO HABLES
CON
LA BOCA
LLENA



★ JOSÉ EDUARDO GONZÁLEZ



JOSÉ EDUARDO GONZÁLEZ

Nació en San Juan en 1948. Docente universitario, ha incursionado también en la dramaturgia. Ha recibido numerosos premios, entre ellos, por su cuento "Infinito", en el 13° Concurso de Cuento Breve organizado por la revista Puro Cuento, que fue publicado en 1992.

Conteniendo como puedo la maza de comida alojada en mi boca, me dispongo a hablar, pero tía Berta se anticipa y me dice:

–No hables con la boca llena.

Presuroso, intento tragar lo más rápido posible, pero tía, que no pierde ocasión de instruirme, me dice, severa:

–No hay que masticar rápido, sino bien.

Escondiendo a un lado de la boca la comida aún no tragada, voy a hablarle, pero ella lo advierte, y vuelve a reprenderme:

–No hables con la boca llena.

Ya está. Mi boca se encuentra vacía; nada me impide dirigirle la palabra, pero tía, a quien nunca le faltan argumentos, me indica:

–Respira bien antes de hablar, si no, tu cuerpo se llenará de gases.

Siguiendo sus instrucciones, cierro la boca y aspiro por la nariz.

–Ahora sí puedes hablar –me dice tía Berta, cuya vestimenta oscura se recorta contra el fondo luminoso de la ventana. Pero

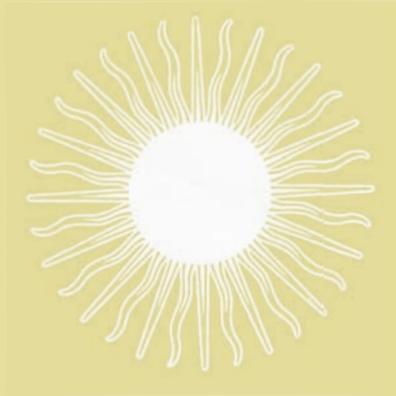
es tarde, porque un león, que escapó esta mañana del zoológico, la devora ya con fruición, emitiendo cada tanto algún rugido, sin preocuparse por las reglas de comportamiento de la mesa, ni por los beneficios de respirar correctamente...

© José Eduardo González.

© Editorial Fundación Universidad Nacional de San Juan.

EL ZORRO,
EL QUIQUINCHO
Y LA CARRETA
DE QUESOS

★ JUAN CARLOS DÁVALOS



JUAN CARLOS DÁVALOS

Nació en 1887 en Salta. Se desempeñó como docente universitario y perteneció a la Academia Argentina de Letras. Entre sus obras figuran: *La guerra en armas*, *Los gauchos*, *La epopeya salteña*, *De mi vida y de mi tierra*, *Cuentos y relatos del Norte Argentino*. Murió en 1959.

Charlaban un día, contándose sus hambrunas, el Quirquincho y el Zorro a la vera de un camino, cuando avistaron una carreta de quesos que venía hasta el tope.

—¿Cómo haríamos, compadre, para conseguirnos un quesito? —preguntó el Zorro olfateando fino y haciéndose agua la boca.

—No hay más que ponerse de tranca bajo una rueda —dijo el Quirquincho, y dicho y hecho, se convirtió en una bola y se dejó rodar hasta la huella.

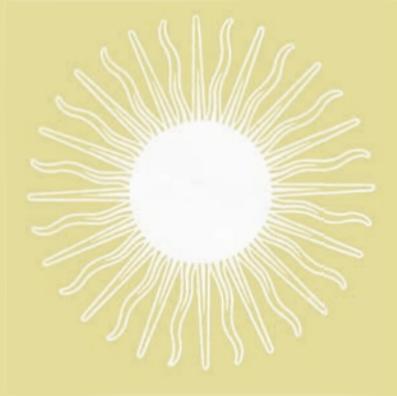
Llegó la carreta y al pasarle por encima dio un barquinazo, cayó a tierra el codiciado manjar y ambos ladrones se lo repartieron equitativamente.

Pasó otro día otra carreta de quesos, y como esta vez el turno le tocaba al Zorro, el mentecato —creyéndose tan duro de lomos como su compadre— imitó la maniobra y sucumbió reventado por la llanta.



¿QUIÉN VA A
CERRAR EL
CABILDO
ABIERTO?

★ ESTEBAN VALENTINO



ESTEBAN VALENTINO

Nació el 11 de diciembre de 1956 en Castelar, provincia de Buenos Aires. Docente, escritor y periodista, llegó a la literatura para chicos y jóvenes a través de la poesía, género en el que obtuvo numerosas distinciones. Entre ellas, el Premio Nacional de Poesía Joven en 1983 y el Premio Alfonsina Storni en 1988. En 1995 le fue otorgado el Primer Premio Amnesty International Te cuento tus derechos, por su cuento "Pobrechico" y ALIJA incluyó su libro *Capercita Roja II* entre los mejores del año. *A veces la Sombra* y *Todos los soles mienten* también fueron considerados entre los tres mejores libros de sus respectivos años. *Perros de nadie* (novela) fue elegida Libro del año en 2005.

LLovía. No era que se viniera el mundo abajo ni nada parecido. Pero caía esa agüejita molesta, persistente, que obliga a buscar algún refugio por lo tenaz, porque parece destinada a no parar nunca. Carlos María Celestes caminaba en la ya alta noche tratando de cobijarse contra las paredes de la casi desierta ciudad. Lo esperaba su inseparable compañero de esos días, Edelmiro Blancas, en una esquina del centro. Blancas vivía en las afueras, que comenzaban unas tres cuadras al oeste del lugar de la cita, de modo que había salido con tiempo para que no lo retrasase la larga caminata, pero tal vez había sobreestimado la distancia porque hacía una hora y media que esperaba. Desde su lugar oyó el pregón del sereno que resumía el clima de esos días de mayo.

—¡Las once han dado y maldito si hay algo sereno en esta ciudad de locos!

“Las once ya”, pensó Blancas, “Celestes debe de estar al caer”.

Plum, escuchó a unos pocos metros y, tras unos segundos, vio a una figura oscura levantándose con dificultades tras el inoportuno resbalón en el barro.

—¿Quién vive? —preguntó.

—Yo —respondió como pudo Celestes—. Pero si no me ayudas no será por mucho tiempo.

Cuando el recién llegado pudo recobrar una verticalidad razonable, pudo preguntarle a su amigo:

—¿Hace mucho que esperas?

—No demasiado. Igual, prefiero mis largos viajes hasta el centro y vivir en las afueras. Allá se respira otro aire, me acuesto con el cantar de los pájaros y no tengo que soportar la locura de los carros de bueyes ni el ruido infernal de los pregones. Es cierto, he de caminar cuatro cuerdas ante cada reunión del grupo, pero prefiero ese sacrificio a cambio de que mi familia disfrute de paz.

—Nadie tendrá paz hasta que no hagamos lo que tenemos que hacer —filosofó Celestes.

—Bien dices. ¿Dónde es hoy la reunión?

—Dónde va a ser. Donde siempre. En la jabonería. ¿O crees que se encuentran locales para conspirar en El Correo del Virreinato?

—Ya. Otra vez en la jabonería. Es que con tantas reuniones en ese lugar, temo que la historia juzgue que ante nuestro deber preferimos lavarnos las manos.

—Razón llevas. Pero también pueden

razonar nuestros hijos que no dudamos en lavar la ropa sucia en casa.

–Bien, marchemos a la reunión.

Fueron. Cuando llegaron, llamaron en la forma convenida: tres golpes, un silencio, dos golpes más, cuatro silencios, seis golpes, un fingido maullido.

–¿Amigos? –preguntaron desde adentro.

–Amigos. Yo aprecio mucho a Blancas y sé que él siente hacia mí un similar afecto
–respondió lúcidamente Celestes.

Les abrieron.

Adentro ya estaban todos. Belgrano, Moreno, Saavedra. Un observador imparcial habría podido decir que solo faltaban algunas figuras importantes de la conjura que se planeaba.

–¿No llegaron Once y Caballito?

–preguntó Blancas.

–No, no pudieron pasar por Rivadavia.

–Siempre ese tipo poniendo obstáculos –se quejó amargamente una voz desde la oscuridad del salón.

Pese a las ausencias de los dos conjurados, Celestes miró a los asistentes con una mezcla de emoción y orgullo. Allí estaban los más



cercanos a su corazón, los que al amanecer del nuevo día, 22 de mayo de 1810, decidirían los destinos del vasto territorio del Río de la Plata.

—¿Quién creéis que debería hablar mañana en primer término? —preguntó alguien al aire, a todos y a ninguno.

—Paso —dijo Blancas.

—Bien, aquí el amigo Blancas se excusa de ser quien hable.

—No, no, no me habéis entendido. Quiero decir que debería ser Paso el que exponga nuestra idea. Juan José, vamos.

—El virrey pondrá obstáculos, como Rivadavia —afirmó French.

—Es cierto —lo secundó Beruti—. Cada vez que hay alguna reunión, ponen vallas alrededor de toda la Plaza y en el mismísimo Cabildo.

“Esos dos siempre están de acuerdo en todo”, pensó Celestes. “Ni que estuvieran unidos por una cinta”.

Como para darle la razón al pensamiento de Celestes, French y Beruti dijeron casi al mismo tiempo:

—No os preocupéis. El virrey nada podrá ante los argumentos de nuestro orador.

–De paso... –interrumpió Moreno.

–Claro, de Juan José.

–No, quería proponer que de paso habría que pensar en llamar a la gente para que nos apoye.

–No todavía –opinó Saavedra–. Ya habrá tiempo para hacerlo si lo necesitamos.

Quedó pues elaborado el plan de acción para el 22. A la hora indicada, el Cabildo hervía de gente en su salón principal, que mantenía sus puertas sólidamente cerradas.

“¿Por qué se llamará Cabildo Abierto si no hay una maldita ventana que deje pasar una brizna de aire?”, se preguntaba Blancas, ubicado entre los privilegiados que pudieron entrar.

El virrey, con cara de pocos amigos, preguntó:

–Bien, aquí estamos en la asamblea que habéis solicitado. ¿Quién hablará por los vecinos que pidieron la reunión?

–Paso –informó Blancas.

–No he preguntado quién no va a hablar sino...

–Juan José... –insistió Blancas.

–Ah.

El miembro elegido en la reunión de la jabonería comenzó su lúcido análisis sobre la situación en España y en el Río de la Plata. Celestes casi no podía escuchar por los persistentes golpes que alguien daba sobre la puerta principal. Al rato, ya cansado de la insistencia, se acercó, entreabrió la puerta y se encontró con un hombre vestido a la usanza de la campaña.

—¿Sí? —preguntó Celestes.

—Es el pueblo, señor —dijo el sencillo chacarero—. Me ha dicho que quiere saber de qué se trata.

—Decidle que no se preocupe, que por ahora al único que se lo trata es al virrey. Y, la verdad, tampoco se lo trata muy bien que digamos.

—¿Así que ya no queréis depender de España? —preguntó Cisneros—. ¿Y todos los aquí presentes opináis de igual modo?

Extrañamente, French y Beruti se habían ubicado detrás de los vecinos más predispuestos a continuar atados a España.

—Yo apoyo a Ci... —empezó a decir uno, cuando notó una punta fría en la espalda y se encontró con la cara sonriente de los inseparables amigos, al girar la cabeza.

—... mentar una salida inteligente y que no estaría mal separarse de España. Aunque sea

un poquito... Ay... no, no, separarse mucho. Si nos vamos a separar, que sea a lo bestia.

—Yo quiero seguir dependiendo de Es...
—empezó a decir otro. Las mismas caras sonrientes detrás del orador.

—... ta gente nueva que nos propone caminos distintos. Pero el virrey debería seguir... ay, ay... ya, ya... digo que debería seguir su camino en soledad y permitir que estos muchachos se hagan cargo de todo.

Ante semejante unanimidad, se decidió que se formaría un nuevo gobierno que sería puesto a consideración de la ciudadanía en el menor tiempo posible. La gente abandonó la plaza y los hombres de la jabonería se marcharon con la felicidad de saberse vencedores, de saberse juntos, de saberse ayudando a nacer una nueva cosa.

Pero el día siguiente les trajo malas noticias. Un bando dio cuenta de que se había formado un nuevo gobierno. Decía el bando:

“Ante la exigencia de los vecinos más caracterizados de la ciudad de formar un nuevo gobierno, el virrey Cisneros ha decidido dar un paso al costado y se ha creado otro poder ejecutivo, dirigido por el señor Cisneros”.

—Bueno, al menos ya no se nombra virrey
—opinó Blancas.

Moreno llegó con la ira inundándole los ojos.

—¿Habéis leído lo que hizo el bando del virrey?

—¿Os referís al bando que publicó el bando del virrey?

—¿A qué, si no?

—Sí, lo hemos leído, al bando. Son unos bandidos —se irritó Celestes.

—No tienen bandera —abundó Blancas.

La noche del 24 la furia subía como espuma en la jabonería. Cosa que, por otra parte, no debería de extrañar. ¿El pueblo quería saber de qué se trataba? Sea, al día siguiente lo sabría. La plaza debería hervir de gente.

—Habría que repartir cintas entre los asistentes para reconocer a los nuestros —opinó Beruti? ¿Quién lo hará?

—¡Que sean ellos! —se alzaron varias voces señalando a Celestes y a Blancas.

—¡Eso, que sean Celestes y Blancas! —se entusiasmaron otros.

Al día siguiente, ya no se permitieron más fantochadas ni estafas al sentir de la gente y esta tierra empezó a dar sus primeros pasos titubeantes sin ayuda de nadie, sin el contrapeso de nadie. Como siempre, Celestes y

Blancas se equivocaron y confundieron sus propios nombres con los colores de las cintas que deberían repartir. Fue uno más de los muchos errores que se cometieron en esos primeros años de infancia de la tierra. Pero no estuvo mal esa falla. Tal vez fue una suerte que así se llamaran aquellos dos despistados luchadores.

Aquella mañana hubo paraguas y lluvia, es decir melancolía, hubo amigos peleando codo con codo para armar algo que creían mejor, es decir, hubo lealtad, hubo cintas celestes y blancas, es decir, el tenue colorido que nos distingue desde entonces. Pero también hubo quienes se abrieron y miraron para otro lado o quienes directamente trabajaron en contra, es decir, hubo cobardía y traición. De ese raro barro salió esto que somos.

Quizás no sea tan mal barro.

Quizás.

Quién sabe.

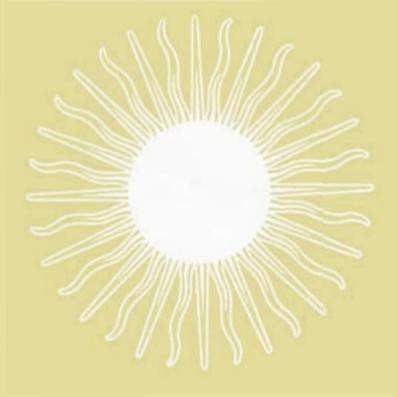
© 2008, Esteban Valentino.

© 2008, Alfaguara.

La
PIEDRA
NOGRA

The title 'La Piedra Negra' is presented in a playful, hand-drawn style. The word 'La' is in a simple yellow font with a small star on the 'a'. 'PIEDRA' is in a larger, bold yellow font where the 'D' is filled with vertical stripes and the 'A' is a triangle with horizontal stripes. 'NOGRA' is in a bold yellow font where the 'O' is a circle filled with small white circles and has a spiky, organic border. The text is surrounded by white flowers and black stars, with a dotted line extending from the end of 'La'.

★ MARCELO BIRMAJER



MARCELO BIRMAJER

Nació el 29 de noviembre de 1966 en Buenos Aires. A los 20 años comenzó a desempeñarse como guionista de la revista *Fierro*. Es coautor del guión cinematográfico *El abrazo partido*; también participó en el guión de *Sol de noche*.

Entre sus obras figuran: *Un crimen secundario*, *Derrotado por un muerto*, *Tres mosqueteros*, *Historias de hombres casados*, *Nuevas historias de hombres casados*, *Últimas historias de hombres casados*. Algunos de sus libros se han traducido al inglés, alemán, holandés, italiano, chino, japonés, polaco, portugués y hebreo.

Otra cosa que me pasaba de chico es que perdía todos los útiles de la cartuchera, y a veces la cartuchera también. Mis padres debían comprarme cada día un nuevo lápiz, una nueva goma o un nuevo compás (¿todavía siguen usando compás y transportador en la escuela?) y una cartuchera por semana. Yo creo que existen ciertas personas cuya atención sólo puede ser atrapada por algunos hechos muy llamativos, y no les queda atención para ninguna otra cosa. Es el día de hoy que sigo perdiendo todo: los lentes de sol, los papeles donde anoto las direcciones en los viajes. Por eso, me paso buena parte de la vida buscando. Es curioso, porque por un lado debo buscar objetos –llaves, la agenda, una tarjeta–, pero también busco historias para contar, busco sabiduría en las historias de otros escritores, y busco la verdad. ¿Qué es la verdad? Bueno, cómo debe vivir uno para sentirse completo, qué es el bien y qué es el mal, qué es el alma... En fin. Del mismo modo que no busco una sola cosa material: buscando el control remoto encuentro las llaves, buscando la agenda encuentro la lapicera, etcétera; tampoco busco una sola cosa cuando busco las demás: en busca de una historia puedo encontrar un

consejo, o en la persona más inesperada puedo encontrar una buena historia. La actitud del buscador siempre debe ser un poco distraída: no sea cosa que por buscar con demasiada atención una sola cosa, se pierdan muchas otras.

No sé si mis reflexiones les están resultando lo suficientemente claras; de modo que, por las dudas contaré una historia. No necesariamente porque mi historia vaya a dejar del todo claro el asunto de los buscadores, sino porque, si no queda del todo claro, al menos habrán disfrutado de un cuento.

Cierta mañana de enero me hallaba caminando con mi padre por las playas de Miramar. Yo debía tener doce años. Como mi piel nunca se ha llevado bien con el sol, acostumbraba a pasear por la playa a horas muy tempranas: siete y media u ocho de la mañana, para poder disfrutar del mar y el cielo a pleno sin convertirme en un piel roja. El mar en las primeras horas del día es un espectáculo distinto: las aguas son plateadas, y la espuma es blanca. El cielo es de un celeste discreto, como si estuviera apareciendo por primera vez. La brisa marina es fría, pero es un frío hospitalario.

Mi padre caminaba silencioso, con las manos entrecruzadas tras la cintura; y yo zigzagueaba entre los restos de las olas y la arena húmeda. De pronto, mi padre se detuvo

y vi que su mirada se clavaba en un punto de la arena húmeda. Inclino apenas la espalda y recogió algo del suelo. Me lo mostró.

Era una piedra negra. Una piedra ovalada como un camafeo, reluciente, lisa. Era tan negra que parecía la matriz del color negro, el modelo del que se había partido para luego ir distribuyendo los matices del negro por el resto de los objetos.

Mi padre me mostró la piedra.

—Tal vez no haya piedra como ésta en el mundo —dijo—. Está aquí tirada, y a nadie le interesa. Pero tal vez sea la piedra más negra del mundo, tal vez no haya ninguna otra piedra igual. En ese caso valdría más que el oro.

Yo extendí la mano para que depositara la piedra negra; pero mi padre, con una agilidad que pocas veces le he visto, llevó su brazo y su mano hacia atrás y lanzó la piedra más allá de las olas, al centro del mar.

Desde entonces, busco la piedra negra. Cuando buscaba los útiles, cuando busco el control remoto, cuando busco una buena historia o cuando busco la verdad, busco la piedra negra. ¿Y qué significa la piedra negra? Lo sabré si alguna vez la encuentro.

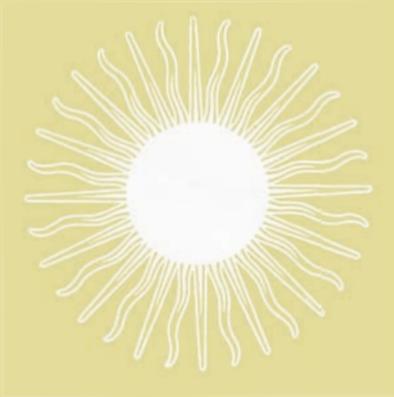


Paí.
T



• • •
F R A G M E N T O
• • •

★ ROSITA ESCALADA SALVO



ROSITA ESCALADA SALVO

Nació en San Javier, provincia de Misiones. Profesora de Letras, periodista, escritora ayudó a fundar la Escuela Taller Provincial de Títeres Puerto Rico, en Misiones. Escribió libros para niños y jóvenes, un libro de cuentos para adultos y algunas antologías de uso docente. Entre sus obras figuran: *Paíto*, *Taller de títeres*, *La caza del Yá-sí-Yateré*, *Los lunes lentejas*, *Pulguitas y piojos*.

Toda la semana se sintió raro. Como si algo hubiera de pasar. ¿Pero qué? Dos veces tuvo oportunidad de hablar con Cristina y, sin embargo, estuvo parco y no sabía por qué esa tristeza al estar con ella.

—¿Qué te pasa? ¿Tenés algún problema?

Él no contestaba, las manos en los bolsillos, la vista en el suelo, perdida.

—¿Ya... ya no me querés? —y los dulces ojos claros se llenaban de lágrimas.

Pero ni así podía reaccionar.

—No es eso...

—¡Entonces, qué es...!

—No sé... ¡ni yo mismo sé!

—¡Tenés otra y no te animás a decirme!

Fue la primera peleíta. La única. La última. Cómo explicarle esa desazón. ¿Era la posibilidad de encontrarse con su padre, al que nunca había visto? Sonaba ajena la palabra padre. El Casiano. No. Ni expectativa, ni temor, ni alegría. Nada. Un vacío. Eso era. Encontrarse con un

desconocido al que no pediría rendición de cuentas; sólo quería saber...

El domingo rumbeó nuevamente hacia Villa Refugio. Estela, la hija de ña Francisca, había cumplido. Hasta lo esperó con chipái-cuerito y tereré con limón. Le habló de su infancia, de cuando era un bebé tan lindo!, del hospital y de cómo ella iba a visitarlo porque su madre no podía; de las privaciones...

No quiso preguntar por su casa, ¿para qué? A lo mejor, ni existía más.

Y mirar la miseria no lo ayudaba.

Cuando ya se iba, Estela le dio un papelito con una dirección: la del Casiano, que se había juntado con otra mujer y tenía varios hijos.

—Vive en Villa Cabello. Él te va a decir más.

Pero le recomendó muy especialmente que viera al manosanta de la Cantera. Que le dijera que iba de parte de ella. Porque los espíritus ayudan y, a lo mejor, necesitás un payé.

Pero él no fue. No porque no creyera, sobrados casos de curas y acertijos le daban fama. Tampoco porque fuera religioso, aunque una vez había entrado a una iglesia y hasta rezó, le pidió a Dios por la salud de un vecino que sufrió un accidente. Vio la iglesia y sintió la llamada de algo superior.

Pero estaba convencido de que lo que él no hiciera por sí mismo, nadie lo haría por él.

Adonde sí fue una, dos, varias veces, hasta que lo encontró, fue a la dirección del Casiano.

Y como se había imaginado, nada experimentó frente a ese hombre algo bebido, esa siesta de domingo.

Siempre le había atendido una mujer con un chiquito en brazos. Otros tres jugaban por ahí. ¿Sus hermanastros? Tampoco sintió nada al mirarlos.

Cuando se dio a conocer, el hombre reaccionó con lucidez.

—Esperame en el boliche de la esquina.



La tarde de domingo en los barrios es sagrada: o hay fútbol, o no es día feriado. La cancha estaba a poca distancia y, pese a la elevada temperatura, sudorosos jugadores arrancaban gritos del entusiasmado público perimetral, compuesto casi exclusivamente por chicos y hombres. Alguna que otra empleadita de casa de familia –que tenía la tarde libre– cruzaba la calle una y otra vez, tratando de llamar la atención. Una de ellas, morenita y piernuda, hasta le sonrió. Él se sentía tan incómodo en esa mesa de bar, sin pedir nada todavía porque estoy esperando a alguien.

Por las ventanas entreabiertas de las casas, cuerdas con ropas tendidas, goteando. Para las mujeres, nunca era domingo, más si los chicos iban a la escuela. Que el guardapolvo, que las zapatillas...

El Casiano hasta se había cambiado de ropa y le brillaba el pelo mojado. José apreció ese gesto. Al menos eso.

–Vos te preguntarás por qué nunca intenté conocerte, por qué no te busqué...

–No; yo...

—Esperá, no me interrumpas. Ya que viniste, que no sea de balde. Yo no soy ningún hijo de, ni un desalmado que anda sembrando críos por ahí, y después ni se acuerda de ellos. No. De ninguna manera. Está bien que yo era muy joven y, además, me habían dicho que en Ituzaingó podía conseguir trabajo. Pero yo no la abandoné a tu madre. Ella tuvo la culpa. Ella me escribió. Yo la quería y me iba a casar con ella. Después de la carta no quise más ni volver, me daba vergüenza. Y sabía que, si la veía, iba a perdonarle. Me costó mucho olvidar a tu madre. Era linda.

Por casi dos horas, el Casiano habló y habló. Los vahos del alcohol le desataron recuerdos, sentimientos, rencores. José se sentía como un cura al que le cuentan los pecados. Él no había venido a buscar confesión ni disculpas. Solo quería saber.

Y así fue como se enteró de lo que ni se le había pasado siquiera por la cabeza: no era hijo de Casiano. Así de simple.

© Rosita Escalada Salvo.





ÍNDICE

11

**AMIGOS POR
EL VIENTO**

★ LILIANA BODOC

21

**EL QUE VE,
EL QUE HUELE**

★ LUIS MARÍA PESCETTI

29

**YO QUIERO
UN CABALLO NEGRO**

★ ATAHUALPA YUPANQUI

35

MIL GRULLAS

★ ELSA BORNEMANN

49

**PESCANDO
PERPLEJIDAD
TRIÁNGULO CRIMINAL**

★ RAÚL BRASCA

55

ARCANO

★ NOEMÍ ULLA

63

EL CAZADOR

★ CÉSAR ALTAMIRANO

73

**NO HABLES
CON LA BOCA LLENA**

★ JOSÉ EDUARDO GONZÁLEZ

77

**EL ZORRO, EL QUIRQUINCHO
Y LA CARRETA DE QUESOS**

★ JUAN CARLOS DÁVALOS

81

**¿QUIÉN VA A CERRAR
EL CABILDO ABIERTO?**

★ ESTEBAN VALENTINO

93

LA PIEDRA NEGRA

★ MARCELO BIRMAJER

99

**PAÍTO
FRAGMENTO**

★ ROSITA ESCALADA SALVO



NACIÓN 1810 PARTICIPACIÓN
COMPROMISO
COLABORACIÓN REVOLUCIÓN COMPARTIR
CULTURA OÍD MORTALES
LIBERTAD
ILUSIÓN RESPETO DERECHOS HUMANOS
ESCUELA PÚBLICA SUJETOS LIBROS
MEMORIA SUEÑOS IGUALDAD
NOS, LOS REPRESENTANTES DEL PUEBLO
PUEBLO BICENTENARIO
DEMOCRACIA INDEPENDENCIA SALUD
PLURALIDAD TOLERANCIA
EDUCACIÓN UNIÓN JUSTICIA
LECTURA SOBERANÍA IDENTIDAD UTOPIA
NACIONAL
CONSTRUCCIÓN ALFABETIZACIÓN DIVERSIDAD
SOLIDARIDAD ACCIÓN CONVIVENCIA
2010 REPÚBLICA



Presidencia de la Nación



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

FMG

Fundación Mempo Giardinelli